

EL FUSILAMIENTO

POR LUIS RODOLFO CUELLO. En su segunda incursión, "Lemarshandetabló" nos deja otro pequeño gran relato de la historia escondida: un drama en siete foto-actos, el de un milico raso al que le tocó ser el perejil de un estofado pero alcanzó a escupir su maldición.

Hijo de una familia de estancieros del sur bonaerense y de reconocida raigambre unitaria, el Doctor Manuel Quintana asume la Presidencia de la Nación Argentina el 12 de Junio de 1904 junto a su compañero de fórmula, el Doctor José Figueroa Alcorta. Al momento de este acontecimiento político, se comete un crimen en el seno del Regimiento 3 de Infantería, en el viejo barrio porteño de San Cristóbal. Por ese asesinato de un oficial de rango superior, es enjuiciado y condenado a la pena de muerte por un tribunal militar el soldado raso Dolores Frías.

60

PRIMER ACTO



El reo es sacado de su calabozo y conducido a un lugar aún sombrío y triste donde se le ofrece la última comida: un pedazo de pan, carne y lo que parece ser una olla con guiso. Ni siquiera le sirven sobre una mesa, sino sobre una silla esterillada, donde se supone que debe comer, esposado y con los pies engrillados. A su lado, el capellán militar, un teniente coronel, le ha venido a ofrecer la posibilidad de una última confesión. Es evidente que tal oferta es rechazada de plano, ya que el capellán no lleva en su cuello la estola.

La escena es trágica. Dolores Frías ha reclamado tres veces la conmutación de su pena. Faltan pocas horas para su ejecución. El condenado no levanta la vista del piso. Sentado sobre una especie de camastro, hace caso omiso a la presencia del cura militar que, serio y raramente no afeitado, solo con su prolijo cabello peinado con Gomina Brancato denota una larga noche de preocupación. El soldado Frías se mira el rostro por última vez en el obscuro lustre de las botas del teniente coronel, que esa mañana hizo esmerar a algún prolijo colimba. Las botas contrastan con la pobreza del calzado del milico, que ve pendular la cadena de sus esposas sobre el hierro del grillote en los pies.

SEGUNDO ACTO



Las súplicas de clemencia no han sido escuchadas. La última oportunidad que le queda a Frías es la del Presidente de la Nación, única persona que le puede conmutar la pena de muerte sentenciada por el tribunal militar por un crimen que el soldado no cometió.

Sentado y apoyado al lado de un pequeño e improvisado altar en la sacristía del regimiento, con la vista como perdida, el condenado espera esa respuesta, la que le salve la vida, que solo puede salir de la boca del Presidente Manuel Quintana. Mientras, el ayudante del capellán ofrece al condenado un paño, con el que le cubrirá la cabeza en el momento que tenga que enfrentarse al pelotón de fusilamiento. El soldado no lo ve, solo espera al enviado de la Casa Rosada con la nota que le condone la sentencia.

TERCER ACTO



Son doce los hombres que posan para la posteridad y seguro que muy a su pesar. Son doce los hombres devenidos en esbirros, en sicarios, para hacer cumplir la ley marcial. Son doce los hombres que fueron y son los compañeros del soldado Frías. Y son ellos los que percutirán el arma que se llevará su vida. Solo diez llevan balas de verdad, solo dos, de foguero. Ninguno sabe qué lleva quién. Son doce los hombres que ajusticiarán a su camarada de armas. Son doce, como los apóstoles.

A QUIEN CASTIGARAN HOY EN LU

CUARTO ACTO



Pompa y circunstancia. Banderas, oficiales de alto rango con medallas, blasones y distintivos. Frente a ellos, el jefe del regimiento saluda sable en alto. Y tan solo un paso atrás, el capellán militar y otro cura, flanqueando al reo. Unos metros separan la silla de aquel a quien se va a ajusticiar de su compañero inseparable, un perro llamado Colita. Tal vez el can presiente la muerte de su amigo. Tal vez solo ve una formación más; solo que ésta es de muerte.

QUINTO ACTO



La tan ansiada nota de la Presidencia nunca llega. La palabra esperada del Doctor Manuel Quintana, esa que le salvaría la vida, no se escucha. Solo se oye el grito desgarrador de Frías: *"¡Quintana hijo de puta!!! ¡Te maldigo a que te mueras en tu cama como un perroooo!! ¡Hijo de puta!!!"*. Mientras es atado a la silla del cadalso, casi desvanecido por la furia, se dispone a enfrentar su destino. Quince pasos lo separan de la muerte, quince pasos de sus compañeros de armas. El oficial da la orden al sargento para que el pelotón se aliste. El enfermero militar, quien constatará la muerte, de íntegro blanco, mira la escena.

"Preparen... Apunten... ¡Fuegooo!!". Las balas de los Mauser 7,65 dan de lleno en el pecho del soldado, lo traspasan y traspasan la tosca silla del cadalso levantando una polvareda en la pared de un barranco que hay detrás.

El fiel amigo de Frías, el perro Colita, corre asustado por los disparos y pasó casi entre las piernas del capellán, que observa la imagen desde la derecha.

El soldado raso Dolores Frías muere sin proferir otro grito que su maldición. El pelotón grita, pero por dentro.

SÉXTO ACTO




Bullicio en vez de silencio, desparpajo en vez de solemnidad. El morbo de periodistas y curiosos que se acercan para ver el cadáver. El oficial ya dio su inútil tiro de gracia al corazón inerte del soldado. El capellán, ese teniente coronel que quiso confesarlo, le da las últimas palabras mientras la chusma de pecho pleno de condecoraciones, medallas y cordones dorados se va acercando al espectáculo de la sangre. La nota la da la banda del regimiento con los soldados marchando por detrás de ella, en un desfile alrededor del cadáver, como una danza macabra.

SÉPTIMO ACTO



La silla del patíbulo, un tronco toscamente devastado con tres tablas como respaldo, es el mudo testigo de la ejecución. Tres tablas perforadas por las balas de la injusticia. La sangre dejó su rastro de muerte y caída sobre ellas. Algunos compañeros de armas, en posición de firmes, despiden al camarada que yace en el suelo aún engrillado, boca abajo, como para que no pida más la clemencia que nunca llegó.

EPÍLOGO

Desde ese fatídico 22 de febrero de 1906, sólo pasarán 18 días hasta que se cumpla la maldición: el 12 de marzo de 1906, el Presidente de la Nación Argentina en ejercicio, Doctor Manuel Quintana, morirá en su cama misteriosamente, y de una dolencia jamás diagnosticada. 

UGAR DE LOS CULPABLES

Nota al pie

Todas las fotografías son de la colección del autor, excepto Foto N°8: graffiti anónimo sobre el puente Avellaneda, gentileza de Alejandro González.